

Jesucristo Sacramentado, adopta asimismo el Cáliz y la Hostia, insignias bellísimas que ostentaba en otro tiempo la bandera de su extinguido batallón provincial. Y el insigne y santo arzobispo Juan de Ribera, que se extasiaba ante la presencia del Sacramento, no sólo hace grabar para sí, mas resuelve que su real Colegio tome por nobiliario escudo á la Hostia y el Cáliz, con dos incensarios humeantes á los lados, rodeándolo el precioso verso sagrado: *Post hæc, fili mi, ultra quid faciam?*

España, nuestra querida España, fué en los tiempos que recorremos, la nación eucarística por excelencia. Sus soberanos y subalternos en la autoridad civil, sus códigos y constituciones, sus tesoros de todo género, su ciencia y su arte: todo, y muy en particular, lo que constituye el pueblo español, era consagrado de un modo peregrino, pero sublime, al Sacramento de nuestros altares. ¡Ah! Cuando en una nación es reconocida la soberanía social de Jesucristo Sacramentado, sus católicos ciudadanos se desarrollan visiblemente junto al fecundo árbol de la vida eterna; porque es imposible de todo punto, que un pueblo no crezca, no adelante, no prospere, en el aspecto que se le quiera considerar, si se nutre de la rica savia de Jesucristo, al cual, como hijo honrado y agradecido, quiere tener por Padre. (*Fotograbado 82*).



CAPÍTULO XXI

SUMARIO

Participación extraordinaria de la Santa Eucaristía con motivo de las peregrinaciones á—**666**. Jerusalén.—**667**. Roma.—**668**. Y Compostela.

No son hechos aislados: son una interminable serie de sucesos de todos los tiempos de la Iglesia, principalmente de los tiempos medioevales, en presencia de los que el historiador descubre un tema vasto y magnífico con que poder formar un capítulo de su Obra. Consiste en la participación solemne, pública y extraordinaria de la Eucaristía con motivo de las piadosas jornadas á los lugares más santos de nuestra Religión Católica. Que el Sacramento del Altar haya sido percibido en los templos, á las horas y tiempos señalados, constituye una práctica ordinaria y común que ya hemos estudiado; pero el que sea percibido repetidas veces por innumerables personas con motivo y para el buen éxito de una idea grande, que haya formado época en la historia y de la cual hayan resultado ventajas sin cuento para la fe y la ciencia, para el individuo y la sociedad, es lo que vamos á estudiar en el presente capítulo.

Para mejor claridad del asunto, precisa que dividamos las trabajosas peregrinaciones cristianas en tres clases, á saber: *Peregrinaciones de piedad*, efectuadas únicamente por honrar los lugares santos de nuestra Religión, alcanzar

mercedes y corroborar y estimular la fe y la devoción ante ellos; respecto de los cuales la Eucaristía venía á constituir su principio, su medio y su fin. *Peregrinaciones de penitencia*, que, teniendo por objeto macerar el cuerpo por extravíos pasados y purificar el alma, reconocían como medio y fin al augusto Sacramento. *Peregrinaciones de devota curiosidad*, que, aspirando á visitar y estudiar los santos Lugares, adoptaban por medio al Pan de los fuertes, vida y luz del entendimiento humano.

Sean cuales fueren, pues, los honestos móviles que inducían á peregrinar, es de todo punto evidente que la recepción de la santa Eucaristía venía á ser *el medio apropiado*, la condición *sine qua non* para realizarlas, *el lazo de oro* que ataba fuertemente á todas esas nobles aspiraciones del alma cristiana, viniendo á consignar en último término, que todo gira en derredor de la Eucaristía y que de Ella toman impulso, incremento y vida, y en Ella alcanzan óptimo fin todas las grandezas del Cristianismo. Las peregrinaciones, en cuanto á nuestro objeto, acusaron dos hechos importantísimos para la historia: 1.º la fe de los pueblos y edades en la Eucaristía, demostrada en su extraordinaria recepción y culto; 2.º la propaganda y acrecentamiento de estos sucesos. Algunos pormenores notables de las peregrinaciones en cuestión revelarán cuanto nos hemos propuesto.

666. Extendido el nombre de Jesucristo por todo el mundo, los fieles anhelaron ver de cerca y besar devotamente los lugares que estuvieron en inmediato contacto con la Divina Persona del Salvador. Este deseo fervoroso brotó espontáneamente del corazón cristiano, habiendo S. Pablo dado el ejemplo de las peregrinaciones posteriores. En el siglo III, Alejandro, obispo de Capadocia, que después lo fué de Jerusalén; en el IV, S. Hilarión, S. Trifilio, obispo de Leucosia, S. Gregorio el Grande, S. Jerónimo, Melania, Paula, Fabiola y Eustoquio visitaron, acompañados de gran séquito, la Palestina; sobre todo el ejemplo del doctor máximo arrastró innumerables fieles que, en devota peregrinación, se llegaban al Sepulcro de Cristo y demás lugares san-

tos, fijando algunos su morada en derredor de la gruta de Belén. Más tarde se construyeron en Jerusalén iglesias, conventos y hospitales en crecido número: tantos eran los peregrinos que acudían de todas partes.

Hay una época, no obstante, en la historia, que no conviene pasar á la ligera. Después que Haken, en 1010, mandó destruir los templos de la ciudad deicida, la Europa se conmovió hasta en sus entrañas, y á la voz de Pedro el Ermitaño, que la recorrió de un extremo al otro, predicando una cruzada contra la media luna, se levantó como un solo hombre para rescatarla del poder musulámico. Por todas partes surgían cruzados, que sin más viático que el Sacramento Santísimo, se agregaban á otros compañeros, y formando nutridas compañías, sujetas á un jefe, valiente como ellos, con la mente puesta en Dios, partían de sus casas para Tierra Santa. Con Pedro el Ermitaño salieron 100.000 cruzados, y otros sacerdotes y caballeros mandaban también sus legiones compuestas de millares de personas. Yo no me detendré ahora en reseñar las duras peripecias del viaje, ni los terribles combates entablados con el enemigo, ni el buen éxito ó poca suerte de los cruzados. Si la victoria no estuvo siempre de parte de éstos fué, no por falta de voluntad, de medios ó de acierto: es que apenas nadie podía contener aquellas muchedumbres, si bien valientes y deseosos del éxito de la santa Causa, heterogéneas é inexpertas en la batalla. Pero sí debo detenerme en que el cruzado, como el peregrino en general de los siglos posteriores medioevales, antes de emprender el viaje, confesaba sus pecados al sacerdote, comulgaba con fervor grande, hacía bendecir la alforja y el bordón en el altar, y de esta manera, como si hubiera de partir para la eternidad, marchaba á Tierra Santa. Los sacerdotes peregrinos celebraban siempre que podían; los más de los *palmeros* (1) comulgaban con frecuencia en el trayecto, á no ser que su peregrinación fuese de *penitencia*, que en este caso percibían el Sacramento al término del viaje; y

(1) Así se llamaba á los peregrinos que iban á Palestina.

al llegar á Palestina, la Eucaristía debía volver á ser su alimento, su luz y su consuelo. Allí, ante las santas reliquias de la Redención, el peregrino oía Misa y comulgaba los más de los días; los sacerdotes repetían el Sacrificio del Calvario, y Jesucristo Sacramentado recibía un culto esplendorosísimo. Antes del combate con los turcos, los que eran cruzados recibían los Santos Sacramentos, y la Eucaristía, cual otra Arca de la Alianza, era llevada con ellos en carrozas magníficas al campamento.

Con este motivo despertóse la afición á peregrinar; los *Guías á Tierra Santa*, redactados por varones expertos, andaban de mano en mano, y hubiérase visto á aquellos tiempos, que por otro lado parecían estacionados y envueltos en espantosas luchas y odios recíprocos, agitarse y recobrar la paz. Por todas partes, sobre todo cerca de los caminos que llevaban á los Lugares santos, hasta en los empinados montes, alzábanse modestas iglesias y espaciosos conventos, donde sus moradores recibían con agrado y trataban con esmero á los peregrinos, facilitándoles los auxilios del espíritu juntamente con los del cuerpo; alzábanse hospitales magníficos, donde los hermanos hospitalarios curaban, hasta recobrar completa salud, á los palmeros; alzábanse formidables castillos, donde caballeros religioso-militares se aprestaban para defender á los peregrinos; y el señor feudal les abría gozoso las puertas de su vetusta fortaleza en la que como á hermanos eran obsequiados; y el orgulloso barón alzaba sin recompensa las barreras establecidas en los puentes y caminos, para que pasaran; y el pobre que vivía en cabaña rústica les daba fraternal abrazo, compartiendo con ellos el negro pan y el duro lecho; y todo el mundo recibía al peregrino como á un ángel, quien, de noche, junto á la lumbre, y, rodeado de los hijos de la casa, después de rezar las oraciones tradicionales, contaba las escenas del viaje, saboreándose la familia del hogar con los relatos devotísimos de su huésped. Mientras tanto, nadie podía atentar contra los bienes del peregrino, para cuya seguridad tenía la Iglesia decretada la *Tregua de Dios*. De

vuelta, cuando el palmero, tostado por el sol, fatigado y polvoriento, llegaba á su país, no se dirigía á su casa para descansar y recibir las caricias de su familia: iba antes al templo, donde entregaba el amado bordón al sacerdote, quien lo deponía sobre el altar del Sacramento. ¡Acción sublime que se revela por sí misma!

663. Después de la peregrinación á los santos Lugares, ninguna en celebridad por su grandeza y concurrencia como las verificadas á Roma, con objeto de orar ante el sepulcro de los mártires, en particular de los apóstoles Pedro y Pablo. No sólo del Occidente si que también del Oriente, desde los orígenes mismos de la Iglesia, afluían enormes masas de peregrinos con este fin, robusteciendo esta verdad luminosa, entre otros, Prudencio, S. Agustín, S. Sulpicio Severo y Sidonio Apolinar. El año 270, Mario y Marta, esposos, y sus hijos Audifas y Abachum, nobles persas, fueron con dicho motivo á Roma, en la cual padecieron gloriosamente el martirio por Jesucristo. Todo cuanto hemos consignado referente á las peregrinaciones á Jerusalén, podemos repetir de las verificadas á la metrópoli del mundo católico. En las catacumbas romanas, en esas necrópolis augustas, tesoro eterno del Catolicismo, gracias al esmerado trabajo y á la paciencia invencible del caballero D' Rossi, hallamos testimonios hermosísimos que vienen á confirmar nuestros asertos.

Todo, en efecto, se ha movido en el mundo católico á impulsos del fuego eucarístico; los *romeros* (1) de todos los tiempos, sobre todo de los tres primeros siglos, no podían menos de dar un testimonio elocuente de semejante verdad; y ciertamente: sobre el revestimiento de los muros de algunos santuarios, que sirvieron de mausoleo á varios mártires, los romeros grababan con el estilo, ó estampaban con el carbón, sus preciosas firmas, testificando con tan curioso proceder su presencia en dichos lugares. En la cripta papal de S. Calixto hay un buen número de testimonios de esta

(1) Con este nombre se conocía á los peregrinos que visitaban á Roma.

clase; pero en la de S. Cornelio, y hasta sobre los ornamentos de su pintada imagen, á más de una docena de varias firmas, se descubren las de ocho sacerdotes que, al decir de Mr. D. Rossi, celebraron allí el santo Sacrificio; tales son: BENEDICTUS PRB.—TEODORUS PRB.—JOANNES PRB. etc. (1). «Benito, presbítero.—Teodoro, presbítero.—Juan, presbítero, etc.» Otro tanto se patentiza en Minerva, en el Languedoc, precisamente en un altar levantado por el obispo Rústico: DSDE PRB; PERVS PE; AGELBERTVS PRSBT; RAGAMFREDVS LEVITA; WILIELMVS LEVITA; MEMENTO LOCY, DNE SACDOTIS MEI, etc. (2). «Diosdado, presbítero; Pedro, presbítero; Agelberto, presbítero; Ragamfredo, diácono; Villelmo, diácono; Acordaos, Señor, del lugar de mi sacerdocio,—ó de mi parroquia—etc.» Sin duda alguna, tales presbíteros, acompañados de sus fervorosos diáconos, al peregrinar por dichos santos lugares celebrarían sobre dicho altar el privado y quizá solemne sacrificio de la Misa, distribuirían la Comunión sagrada á sus compañeros y acreditarían con un proceder semejante que Jesucristo Sacramentado era el alma de la peregrinación. Por un pasaje de S. Paulino (3) se viene en conocimiento que los obispos del orbe concurrían, peregrinando en ciertos tiempos, á visitar los sepulcros de los apóstoles, de donde, sin duda, tomaría la costumbre la visita *ad limina apostolorum*.

Y lo que decimos de los tiempos primitivos hay que repetir necesariamente de los tiempos medioevales, en los que hubo épocas, sobre todo antes y después de las cruzadas, que Roma fué visitada extraordinariamente por los fieles. Los más grandes santos, las más puras vírgenes, los fundadores de las Órdenes Religiosas á Roma acudían, no sólo para besar los trofeos de los apóstoles y mártires, sino para elevar ó adorar ante sus benditos restos la Hostia de propiciación. Visitando las catacumbas, creían trasladarse á

(1) Roma sott., tom. I, pag. 285.

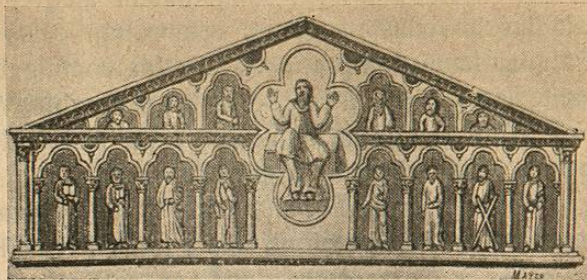
(2) M. E. D. Le Blant, Inscip. Chret. De la Gaule.

(3) Epist. ad Delph. XVI, I pag. 270 sig.

los azarosos tiempos de las persecuciones, é, imitando á aquellos fieles necropolíticos, salmodiaban alegres como ellos bajo las bóvedas oscuras, celebraban Misa como ellos en alguna famosa cripta, y como ellos comulgaban de rodillas ante los rústicos altares, ante los venerables *loculi*, donde cada piedra es un monumento, cada inscripción un tesoro y cada hueso una reliquia preciosísima.

668. Cual inmensa red, el mundo se vió cruzado de fáciles caminos que conducían no sólo á Jerusalén y á Roma, si que también á Compostela, donde en rico mausoleo se han conservado hasta hoy los preciosos restos del apóstol Santiago. Según el seráfico doctor (1) este sepulcro *es el más glorioso entre los sepulcros de los santos de todas las naciones de la tierra*. En especial, desde el siglo IX hasta nuestros días, no han faltado jamás en la basílica compostelana los devotos peregrinos que, descalzos, en túnica corta, y muceta que ostentaba en el respaldo una concha, y armados del bordón, se postraban de hinojos ante el Hijo del Trueno, con uno ó varios fines, todos santos. Con la crecida fama de los prodigios sin cuento obrados por el Apóstol en su famoso templo, huelga decir que los españoles, sobre todo, acudían en masas inmensas á dicho sepulcro, en particular para la fiesta de Santiago. La basílica ha visto desfilar peregrinos de todas edades, condiciones, sexos y países, que acudían á recibir la Hostia santa, para honrar la memoria de uno de los discípulos más amados de Jesucristo. Al efecto, en el templo compostelano había sacerdotes llamados *lenguajeros*, ó que poseían varias lenguas, á fin de oír en confesión á los penitentes de diversos países, para que pudieran de este modo acercarse al Convite eucarístico. Los confesores de la Ciudad apenas eran suficientes para confesar y ministrar la Comunión á tanto peregrino; se necesitaban varios sacerdotes que en diversos altares del templo, y hasta del claustro, celebrasen ó estuviesen continuamente distribuyendo el Pan de los ángeles; y ocasiones hubo en

(1) Serm. de beato Jacobo.



Fotografado 83.

Retablo que D. Diego Gelmírez fijó sobre el altar de Santiago á principios del Siglo XII—Representa al Salvador orando por los apóstoles y discípulos suyos.

que la campanilla que llamaba á los fieles para comulgar, sonaba á las ocho y nueve de la noche. ¡Cuánto dice este hermoso dato en corroboración de la fe y piedad de aquellos tiempos! Él sólo vale por mil testimonios para acreditar que el Sacramento Santísimo es el móvil y el fin de las peregrinaciones cristianas. Aun hoy día, que la piedad se ha entibiado poderosamente, se registran numerosísimas comuniones. (Fotografado 83.)

Escribe á este propósito un autor (1): «Las peregrinaciones á Compostela tienen un carácter eminentemente eucarístico.... La confesión (de los pecados) y el inestimable tesoro de gracias que están vinculadas por los sumos Pontífices, á la vista del sepulcro de Santiago no eran sino disposiciones para unirse con Jesucristo Señor Nuestro, mediante la Comunión eucarística, fin verdadero y trascendental de la peregrinación á Compostela, no de otra suerte que la unión con Dios en la gloria por la visión beatífica es también el fin de nuestra vida cristiana, verdadera peregrinación sobre la tierra....» El paralelismo es bellísimo, y sobre él huelgan comentarios, ya que se revela por sí solo, corro-

(1) R. P. Plácido A. Rey Lemos—Historia del Culto eucarístico en la diócesis de Compostela, pag. 47 y 48.

borando, además, en pocas palabras, el asunto de este capítulo. Sin embargo, antes de concluir, he de hacer mención de ciertos prejuicios vulgares, con capa de científicos, contra nuestras peregrinaciones, ya que encajan perfectamente en este lugar. Los protestantes han predicado que es superstición atribuir una pretendida santidad á un lugar cualquiera: superstición que ha sido fomentada por el clero católico para entretener el oscurantismo y el libertinaje de los pueblos. Pero nada menos cierto que aquella doctrina, ni nada menos infundado que esta calumnia grosera. En efecto, el mismo Dios ha llamado lugar santo aquél en que ha hecho brillar su presencia (1); y ciertamente, como enseña S. Agustín, (2) «otorgando el Señor á los cadáveres de los mártires las prerrogativas de que disfrutaban, los rodea de honor, y en lo que, por haber perdido la vida, queda deformado, allí mismo se manifiesta con mayor evidencia el Dador de la vida presente.» No es, pues, extraño, ni nada más natural, el que los fieles, y aun muchos enemigos de la Religión, viéndose por sí mismos los bienes del alma y del cuerpo que se alcanzan con orar ante el sepulcro de los santos, se esfuerzan por visitar sus tumbas; los pueblos no tuvieron necesidad de que el clero inventase peregrinaciones tales; si algo hizo fué lo que debió hacer: ordenarlas sabiamente para evitar la confusión. El impulso que las peregrinaciones dieron á la agricultura, importando nuevas semillas; y á la industria, aprendiendo las elaboraciones de otros países; y al comercio, cambiando producciones y estimulando al tráfico preciso y lícito; y al arte, desatando la imaginación para que volase por parajes y objetos estéticos; y á la ciencia, estudiando y copiando lo bueno que á los ojos del observador se ofrecía; y á la religión, propagando su fe y su culto; y á la sociedad, devolviéndola honrada y pacífica, son los ventajosos efectos que nos consiguieron las peregrinaciones, impulsadas asimismo por Jesucristo Sacramentado, su guía, fomento y esplendor.

(1) Exod. III, 5.

(2) Serm. 276.